

## Manuel Guzmán Maturana

«Es muy grande la utilidad que habrá de reportar a las ciencias y a las artes la salvación de esas preciosas reliquias del pasado: la literatura se enriquecerá con nuevas y variadas formas y presentará a sus cultivadores abundantes modelos de originalidad, de gracia, de espontaneidad pasmosa... Solamente los ignorantes y los presumidos—que todos son unos—pueden negar las utilidades anejas al estudio del Folklore, la ciencia popular...» (*Cantos populares españoles*, pág. XI, nota).

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

Bibliotecario perpetuo de la R. A. Española.

## Cuentos tradicionales en Chile (\*)

### I.—CUENTOS DE ÑA CANDELARIA

#### Ña Candelaria

Voy en busca de un cuento a casa de la vieja Candelaria. Son las cinco de una tarde de fines de Marzo. El camino polvoriento empieza a tapizarse con las hojas secas desprendidas de los aromos y eucaliptus que bordean la avenida. El tiempo ha refrescado bastante y no le vienen mal al cuerpo, para

---

(\*) Iniciamos la publicación de *Cuentos Tradicionales en Chile*, debidos a la pluma del autor de la novela de costumbres campesinas *Don Pancho Garuya*. Como en esta obra, los aficionados a espigar en el campo folklórico, encontrarán nuevos datos para el estudio de los fenómenos lingüísticos vulgares, y—lo que más interesa—el color local, lo característico, lo genuino del sentimiento regional, que aquí se destaca tanto en la creación propia como en la reelaboración de los cuentos que el autor ha tomado directamente de la versión oral.

La Segunda Parte aparecerá en el número próximo, correspondiente al tercer trimestre del presente año.—(N. de la R.).

entrar en calor, estas ocho cuadras de agradable caminata. Yo sé que a esta hora ña Cande está en la cocina rodeada de la «parvá» de sus nietos: éstos, cenando su plato de porotos o de «chércan»; ella, cebándose su mate. Mis visitas son siempre bien recibidas: por los mocosos, que esperan las golosinas que brotarán de los bolsillos, y por la viejaña, cuya «conociencia» data de más de treinta años y que ha de pensar—al fin es una niña vieja y los extremos se tocan—en el paquetito de azúcar que endulzará su vicio inveterado.

—Buenas tardes, ña Candelaria.

—Así se las dé Dios a su mercé.

—¿Y qué hay de buenó por aquí?

—¡Qué de güeno va a haber puaquí, (2) patrón, con estos condenaos de chiquillos que a una no la dejan en paz! Este pierna de Júas se acaba de quer al agua y apenas alcancé a pescarlo de las mechas. Poco le faltó pa que le pasara lo que a Jesusito. Su mercé se acordará cuando lo encontramos, hinchao como tambor, haciendo taco en la rejilla e la cequia; y estiotro,—¡pa qué le cuento!—ey taba palo y palo con las ramas de la higuera pa botar los higos pintones, y ésta, que se hace la mosquita muerta, apena una se descuida, arriba e la escalera pegaíta de los racimos de uva, que ni zorzal que juera... Si con estos diablillos no se tiene tranquiliá pa ná; son unos barrabases... Ya me tienen «prevalicá» (1). Y qué van hacer tamién, abandonaos too el santo día del paire y de la maire, que pasan de cabeza en el trabajo: ño Ramire y la Jesusa tuavía están en la arranca e los porotos. ¡Gracias a Dios que el rinde ha sío güeno!... Y más vale así pa poer tener sus cosechitas pal ivierno, que luego va a llegar con su compañía de sufrimientos y penaliaes, con las helás y los fríos, que tanto cargan en la vejez, a média que los años encorvân las espardas y ponen torpeza en las piernas... Menos mal que agora no falta la leña pa hacer sus güenas fogatas y calentarse... Antes sí quera esto un pelaero: había que andar juntando chamizas y rajuniéndole las cascaritas a los sauces pa hacer sus juegucitos; mientras que agora no, pu, patrón. Su mercé anduvo bien atinao al plantar tantos «calistros» (eucaliptus)... Hay leña pa dar y prestar, como que

(1) Esta expresión—frecuente en Ña Candelaria—y a la cual yo no le he encontrado pies ni cabeza—la empleaba en el sentido de «estar medio loca, deschavetada, con la cabeza mala».

(2) Véanse los «vulgarismos» en el *Vocabulario*, al final de la II Parte.

paeece quel jundo juera la olla el pobre a onde toos vienen a buscar su brazaíta, lo mesmo que si su mercé hubiera plantao pa ellos los arbolitos... ¡Y bienhaiga la torelañcia del patrón!... Si se parece al propio on Juan Hollinao, que, con su santa paciencia, na en la vía le molestaba... ¡Pero güena cosa, señorcito por Dió!... ¡Agora no más me vengo a fijar que estoy hablando como una cotorra y entuavía no le hey ofreció asiento a su mercé!... ¿Gusta sentarse aquí ajuerita o al laíto aentro e la cocina?... ¿Si su mercé quisiera servirse un maticito?

—¿Y por qué no, pues, ña Cande? Por aquí traigo un paquetito de azúcar...

—Pase pa entro entonces. Ejeme atizar el juego pa que hierva el tacho y echale una lavaíta a la gombilla... Continás que yo no más la hey usao...

Al fin ña Candelaria interrumpe su charla inagotable para acercarse al fogón y hacer los menesteres que ha indicado, mientras que yo—sin descubrir aún el objeto de mi visita—tomo asiento en el piso más alto que hay en la cocina. Los chiquillos guardan relativa compostura después de haber recibido cada uno su regalito. Ña Cande moja la bombilla con el agua que ya ha empezado a levantar la tapa del tacho haciendo gorgoritos, la seca con su delantal (¡más le valiera haberse ahorrado este exceso de pulcritud!) ceba el primer mate y me lo sirve, después de santiguarle devotamente la boca con la bombilla.

—¿Y quién era ese don Juan Hollinao de tan santa paciencia, ña Candelaria?

—¿No conoce su mercé el cuento de on Juan Hollinao?... Lo he repetío tantas veces, que créida que su mercé lo sabría...

—No me acuerdo habérselo oído...

—Entonce, qué me ilatò en contáselo, si su mercé tiene paciencia pa escuchalo y estos condenaos de chiquillos me dejan en paz unos instantes.

—Se lo oiré con mucho gusto y los mocosos se van a estar sosegaditos. Vamos, pues, al avío.

Según mis recuerdos—sin intenciones de transcribir literalmente su jerga popular—ña Cande empezó más o menos así:

### «Don Juan Hollinao»

Para saber y contar, y contar para escuchar, y escuchar para aprender: ésta era una trara muerta que me quería comer, y yo, como estaba chica, no me sabía defender. Pan y pan para las monjas de San Juan; pan y harina para las monjas capuchinas; pan y luce para el diablo chuche; pan y cebada para la vieja pelada; pan y trigo para los buenos amigos. No le echaré más chacharachas, porque la vieja es muy lacha, ni le dejaré de echar, porque de todo ha de llevar, aunque es mejor los matutines dejarlos para los fines. Orejas, pues, y atención para que salga mejor.

Don Juan Hollinao era un señor muy pobre, que vivía en una miserable casita. Tan grande como su pobreza eran su bondad y su santa paciencia, a tal punto que ni los mayores contratiempos habían logrado sacarlo de sus casillas. Una vez notó que un ratón guareno tenía la costumbre de venir a echarse en la ceniza de la cocina, como si fuera gato regalón; y apenas se descuidaba, le comía todititos los restos de la cena. Don Juan lo dejaba hacer, lo miraba con sus ojos bondadosos y le decía:

—Sírrete no más, ratoncito, que para todos alcanza. Justo es que lo que les sobra a los grandes lo aprovechen los medianos.

Y así, el guareno pasaba días de días echado en la ceniza y comiéndose los restos de las viandas. Pero al poco tiempo ya no se conformó con esto, sino que se puso de lo más dañino y perjudicial. Una vez, don Juan encontró sus zapatos aguge-reados, las ollas quebradas, los platos dados vuelta y patas para arriba cuanto había en la cocina. Con su santa paciencia, sin decir una palabra, recogía los tiestos, los arreglaba y los volvía a su lugar, sin que nunca se le ocurriera castigar a aquel animal tan «indino».

En una ocasión, después de pensarlo mucho, don Juan se acercó al ratón y con toda dulzura, le dijo:

—Mira, ratoncito, ¿por qué me haces tanto daño? No es ésta la manera de corresponder a mis bondades. Es una ingratitud de tu parte pagarme bien con mal.

El guareno, que estaba echado tranquilamente encima de un tizón a medio quemar, le contestó:

—Desde ahora se van a acabar sus molestias, don Juan Hollinao. Yo estoy aquí para acompañarlo y servirlo; pero antes he querido poner a prueba su paciencia para conmigo, y como la ha tenido grande e inalterable, voy a darle el premio que por ella merece, para lo cual tiene Ud. que hacer, sin repliarme, todo lo que yo le diga.

Don Juan abrió los ojos tamañazos al escuchar el bien puesto discurso del ratoncito, que no llevaba visos de terminar.

En realidad, luego prosiguió:

—Ha de saber que al otro lado de estos montes vive un Rey muy rico y poderoso, que mide el oro por almudes, y además tiene una hija que, aunque entradita en años, es hermosa y más buena que el pan. Mándele pedir prestado el almud para medir Ud. también el oro que guarda en los «soterránios» de su palacio.

—Te estás burlando de mí, ratoncito, le interrumpió don Juan. ¿Qué oro voy a medir yo, cuando bien sabes que soy el más pobre de los mortales? A no ser que vaya a medir por almudes la grandeza de mis miserias...

—Ud. no entiende de estas cosas, mi señor don Juan, le dijo el ratoncito. Si no quiere ir en persona al palacio del Rey, aquí tiene a su servidor, que puede desempeñarlo.

Y sin esperar su consentimiento, salió de la cocina dando brincos. Al poco rato se perdió de la vista del buen hombre, que no atinaba a explicarse lo que estaba ocurriendo.

Poco antes de llegar al palacio del Rey, el guareno se transformó en un elegante pajecillo y entró a pedir audiencia.

\*

Lo pasan a la sala del trono, y después de hacer a su majestad un gracioso saludo, le dice, con mucha cortesía y galanura:

—Vengo de parte de mi amo, don Juan Hollinao, a rogar

a S. M. que le preste el almud en que mide su oro para medir él también las cantidades que guarda en los «soterranios» de su palacio.

—¿Tan rico es tu señor que necesita medir el oro por almudes?—le preguntó el Rey.

—Sí, S. M.; es muy rico.

—¿Será entonces más rico que yo?

—No lo sé, S. M.; pero es lo cierto que necesita un almud para medir su dinero.

—Bueno, le dijo el Rey, le prestaré el almud, pero con la condición de que él en persona venga a devolvérmelo, y adviértele que, si no cumple mi mandato y pronto, le haré cortar la cabeza. Que tenga presente que palabra de Rey no puede faltar. Así le dirás a tu señor, y hasta más ver, simpático pajecillo.

—Se retiró éste con el almud debajo del brazo y cuando ya le faltaba poco para llegar a la casa, tomó su forma primitiva.

A la puerta estaba don Juan, cuando ve venir a mi buen ratón a la rastra con el almud. Sin pérdida de tiempo, le cuenta su conferencia con el Rey y el convite que le ha hecho, so pena de cortarle la cabeza si no obedece al momento su mandato.

—Si tal es la voluntad de S. M., iré, dijo don Juan; pero, ¿cómo tendré cara de ponerme en su presencia con estas tirillas, que parecen redes de pescador, que malamente me cubren las carnes?

—Pierda cuidado, mi señor don Juan. Yo haré que se presente en mejor forma. Siga puntualmente mis consejos y... ¡adelante con los faroles!

Emprendieron la marcha y llegaron a un estero que tenía un puentecito de cimbra. Don Juan no se atrevía a pasar; pero el ratoncito lo animó, diciéndole:

—Pase no más, señor, no tenga miedo, que yo lo ayudaré.

Iban como en la mitad, cuando el guareno se le atravesó por entre las piernas y don Juan fué a dar con su pobre humanidad en medio de la corriente. Con auxilio del ratón, aunque no sin grandes dificultades, pudo ganar la orilla, mojado como sopa y en mangas de camisa, porque el agua le había llevado la chaqueta. De la propia desgracia quiso sacar un pretexto para no llegar al palacio, y dijo al ratoncillo:

—No me parece que en esta facha vaya a presentarme delante de S. M. Lo mejor será que nos volvamos por donde

vinimos, aunque tenga que repetirse el bañito que por tu causa me he dado.

—Claro que no estaría bien, le replicó el ratón, que un caballero tan principal como mi amo, llegara en paños menores y empapado como diuca al palacio de S. M.; pero tenga Ud. la paciencia de siempre y aguarde a que yo vuelva con la ropa necesaria para que se presente dignamente.

Y sin esperar respuesta, salió corriendo en dirección al palacio. Poco antes de llegar, se transformó en elegante paje-cillo y ya en presencia del Rey, le dijo:

—S. M.: al atravesar el estero, se encabritaron los caballos de la carroza en que venía mi amo y se cayó al agua, de modo que está imposibilitado para llegar hasta aquí a cumplir su palabra.

—¡Al agua se ha caído mi grande y buen amigo don Juan Hollinao!... exclamó el Rey. ¡Pronto, pronto! Que le proporcionen el mejor de mis trajes y dos de mis lacayos le lleven el coche de gala para que pueda llegar hasta aquí a cumplir su palabra!

Mientras los sirvientes enjaezan los caballos y se aprestan para salir al encuentro de don Juan, el ratoncito corre con el traje de S. M. en busca de su amo.

El pobre don Juan Hollinao esperaba pacientemente, en el vestuario de nuestro padre Adán, a la sombra de unas mulezas para librarse de las picadas de los zancudos, porque había puesto sus tirillas al sol... En un santiamén, el ratoncito lo cambió de pies a cabeza, de modo que cuando llegó la carroza, los lacayos se encontraron ante un gran señor regimiento vestido. Le hacen mil saludos y reverencias, le abren la portezuela del coche, lo suben poco menos que en andas y al trote largo de los briosos caballos lo conducen a palacio. Allí lo llevan a presencia del Rey, quien, al verlo tan gallardo y elegante, piensa al tiritito que puede ser un excelente partido para su única hija, la princesa, y la manda llamar para hacer las presentaciones.

\*

Don Juan Hollinao no era nada de mal parecido: el remoión del estero lo había dejado limpiecito y con el traje del Rey se veía mismamente que un caballero principal. La princesa, aunque no muy joven, tenía todos los aires de una reina

y ardía en deseos de matrimoniarse, lo que no había hecho hasta el presente por consagrarse al cuidado de S. M., viudo desde muchos años. Así fué que, cuando se encontraron frente a frente, la princesa le gustó a don Juan y don Juan le gustó a la princesa, como que

«el hombre es fuego,  
la mujer estopa:  
viene el diablo y sopla.»

No pasó inadvertida para el Rey la simpatía de los jóvenes, y tomándole la mano a la princesa, le dijo:

—Mi real voluntad es que te cases con éste mi grande y buen amigo don Juan Hollinao, que por almudes mide el oro que tiené en sus subterráneos.

—Se hará como S. M. mande, le dijo la princesa.

Don Juan no halla qué hacer: quiere hablar y las palabras no acuden a sus labios; piensa en el compromiso en que el Rey lo pone obligándolo a casarse con la princesa, a él, un pobre diablo que no tiene en qué caerse muerto, que ni lo encapillado siquiera le pertenece. Pero el ratoncito no cesaba de tirarle la leva y de hacerle gestos, como indicándole que aceptara y que él todo lo arreglaría. Al fin pudo articular las palabras y no se le ocurrió otra cosa que repetir lo que había oído a la princesa:

—Se hará como S. M. mande...

Muy contento entonces el Rey, ordenó a los lacayos que fueran a dejar al palacio a su ilustre yerno, el caballero don Juan Hollinao. Este—con más cara de difunto que de novio—subió a la carroza como si lo llevaran a la horca, pensando que al llegar a su miserable choza, iba a quedar en descubierto toda aquella falsedad en que involuntariamente se había metido por su condescendencia para con el ratón y con el Rey.

En medio de estas cavilaciones, apenas se dió cuenta cuando la carroza se detuvo frente a un magnífico palacio, harto más lindo que el del propio Rey. A la puerta lo estaban esperando lacayos vestidos de lujoso uniforme, que corrieron a recibirlo y a abrirle calle por la regia alfombra que tapizaba el suelo hasta la puerta de entrada. Allí salió a encontrarlo un elegante pajecillo, quien, mostrándole a uno y otro lado, le dijo:

—Sea bien venido, mi señor don Juan Hollinao, a su hermoso palacio.

Después que se quedaron solos, el paje se transformó en el ratoncito y le habló así:

—Este es el premio que recibe mi amo por la paciencia y el buen corazón que ha tenido conmigo. Venga a recorrer sus dependencias, mi señor don Juan, y a ver los muebles y los ricos tesoros. Su esposa no tendrá nada que extrañar, porque esto es más suntuoso que el palacio real y que todas las maravillas que él encierra. Ahora, preparémosnos para recibir al Rey y a la princesa, que luego vendrán a devolverle la visita.

Efectivamente, al poco rato se sintieron los clarines que anunciaban la proximidad del Monarca y de su escolta. Todos quedaron deslumbrados al ver tanta magnificencia y el Rey expresó sus deseos de que cuanto antes se concertara el matrimonio de su hija con su grande y buen amigo don Juan Hollinao. Y así se hizo: las bodas se celebraron con grandes fiestas y los novios se quedaron viviendo felices en su palacio, gracias al ratoncito milagroso, que quiso premiar al bueno de don Juan, que nunca le hizo a nadie mal.

\*

Cuando ya pasaron las fiestas y todo hubo vuelto a la tranquilidad y el reposo, el ratoncillo se retiró a un rincón oscuro de la despensa, dobló la cabeza y murió. La princesa lo hizo botar a la basura; pero una vez, al pasar don Juan por ahí, lo reconoció y quiso recogerlo para darle honrosa sepultura. Al tomarlo, el ratón abrió los ojos y le dijo:

—No estoy muerto, mi señor don Juan; me estaba haciendo el muerto para ver si eran agradecidos conmigo; pero he sufrido un desengaño: en vez de enterrarme con alguna muestra de pesar, me han arrojado a la basura...

Don Juan, que ignoraba todo esto, se puso muy triste, lo tomó en los brazos, le hizo cariño y quiso llevárselo a sus propias habitaciones; pero el ratoncito le dijo:

—¡No, no!... Ya es tarde, don Juan. Aunque lo dejo feliz, me voy muy apenado: la más noble de las virtudes—la gratitud—es desconocida para el corazón de los hombres. Yo no soy de este mundo... Ya le he hecho todo el bien que he podido... Ahora tengo que marcharme...

Y tomando la forma de un hermoso ángel, el ratoncito voló al cielo, de donde seguramente todavía seguirá velando por la felicidad de don Juan Hollinao, del bueno y muy paciente don Juan Hollinao.

—Y este mismo ángel de la Guarda espero que vele por su mercé, que harto se parece por sus bondades al propio don Juan, agregó ña Candelaria, poniendo fin a su cuento.

—¡Vaya, vaya, ña Cande! Déjese de cogollos. Muy bonito su cuento. ¿Y cuándo lo aprendió?

—¡Quién sabe, patrón, cuándo lo aprendería! A mí me lo contó mi mamá y a mi mamá se lo contaría mi agüela. La pobre (que Dios la tenga en su santa Gloria) murió de más de cien años. Métale pluma su mercé y saque esa cuentecita... Estos cuentos son más viejos que la pobreza...

—Y más sabrosos que el mate, ña Candelaria.

—Es que le puse sus hojitas de toronjil pa la pena y de ceirón pal corrimiento.

—Bueno, ña Cande, será hasta otro día... Me voy, que ya se está oscureciendo...

—¿Y cuándo vuelve su mercé?

—Cuando Ud. me convide a tomar mate y me cuente otro cuentecito.

—Pues que sea mañana mismo. No se orvíe que a su casa llega y que

«si acaso se quiere dir,  
hay camas en que dormir,  
y si se quiere quear,  
hay quien lo vaya a ejar».

agrega la buena Candelaria, riéndose de la ironía de su copla.

Las sombras envuelven ya el camino que tengo que seguir para llegar a la casa. Vuelvo la vista hacia la cocina y diviso a ña Cande inclinada sobre los tizones, hinchados los carrillos, avivando la llama que ha de iluminar sus arrugas octogenarias y la sonrisa de sus nietezuelos.

## Las «Melecinas» de Ña Candelaria

Me retiene en cama un fuerte resfriado. Cuatro días que no salgo de la casa y que pócimas y tizanas me tienen a mal traer. A pesar de que la pieza se conserva bien temperada—gracias a un brasero colmado de carbón de espino—el frío ambiente exterior de estos crudos días de invierno ejerce su influencia en mis bronquios congestionados.

La lluvia cae copiosa y sin intermitencias. Fuertes rachas de viento Norte violentan una bulliciosa tempestad en las copas de los árboles que rodean las casas. Gimen y se balancean los eucaliptus, como afanosos de apoyarse los unos en los otros; los pinos resisten erguidos las ráfagas que pasan silbando por entre sus follajes, y las casuarinas no cesan de lamentarse de que el viento huracanado maltrate sin piedad sus hojas filiformes.

No bastan libros, revistas ni periódicos, a calmar la intranquilidad enfermiza de esos largos días inactivos, que tienen molida mi pobre humanidad. He contado y vuelto a contar muchas veces los dibujos bizantinos con que un pintor de brocha gorda recargó el cielo raso de la pieza; he interpretado de cien maneras diferentes los cuadritos, las flores y demás adornos que tienen los papeles; inútilmente he tratado de ubicar el punto exacto en que dos grillos chirrían sus amorosos reclamos, y—no debiendo fumar—a cada momento envuelvo el cigarrillo de papel ambré, con evidente disgusto del pecho cerrado y de la garganta herida, que en señal de protesta me fatigan con toses violentas y con dolores agudos.

Unos discretos golpecitos a la puerta que da al interior, interrumpen las evoluciones que hago en la cama, caldeada con el calor de mi cuerpo.

—¡Adelante!

La penumbra que envuelve la habitación me impide distinguir inmediatamente quién es el bulto que con tanta suavidad se desliza por la puerta que se entreabre. Se me figura un tosco espantajo de chacra forrado en trozos de mantas viejas de la cabeza a los pies; pero no: es ña Candelaria, montada en gruesos zuecos de palo y cubierta con su «charlón» de colores variados y chillones.

—Güenos días le dé Dios a su mercé...

—Así los tenga Ud., ña Candelaria. Pase adelante. ¿Viene a cumplir con las obras de misericordia?

—Me tenía con cuidado el no haber visto a su mercé. Bien decía yo que debía de estar indispuesto...

—Un poco malucón, ña Cande. Este malhadado tiempo...

—Es que su mercé no se cuida... Por ey lo he divisao al frío y a la humeá... Y ya no estamos pa esas graciecitas...

—Así es, ña Candelaria. Como el ánimo se mantiene bien, uno cree que el cuerpo le acompaña, y resulta que no es cierto, que el cuerpo es débil, aunque el espíritu es fuerte. (Aquí, yo mismo me río de mí mismo al darme cuenta de la cita evangélica que he disparado a la sencilla veterana).

—La verdá no más es, patrón. Caa cosa a su tiempo: la primavera pa las flores, el otoño pa las frutas y el invierno pa la quietú y el reposo... Y pasando a lo que más importa, ¿qué remedios le han hecho a su mercé?

—Una pila de cosas, ña Cande: tilo con limón y su poquito de «malicia» para transpirar, infusión de hojas de eucaliptus y agüita de miel para limpiar los bronquios.

—Too eso ta bien, patrón; pero hay otros «mistos» mucho mejores. ¿Por qué no le han dao a su mercé un «suor frío»?

—Y¿ cómo se prepara ese «sudor frío»?

—Es el llamado tamién «suor de campo». En un vaso de agua se echa un peazo de azuca quemá, una cucharáita de almión de trigo y unas hojitas de rosas del año; se revuelve too con unas hojitas de toronjil, se toma frío... y santo remedio... Hubiera visto su mercé cómo andaba la Jesusa cuantuá, cuando estuvo enferma y le hice este remedio: llegó a queár empapaíta la cama, la fiebre se le pasó como por encanto y al otro día ya pú levantarse.

—Sabe que me voy a hacer ese remedio...

—Y pa la tos que proviene de calor, no habiendo como «la leche de yegua», que es fresquecita; pero lo mejor es la

leche de burra primeriza, cuando la tos está muy asentá y cuesta sacar la respiración.

—Eso es lo que yo tengo, ña Candelaria: el pecho muy oprimido con el asma que no me deja respirar.

—Pero si pal asma hay un remedio muy güenazo: abrigarse bien el pecho con la piel de un gato negro, y como bebía, tomar un vaso de agua con «raspauras de la calavera», y si viene con dolor de cabeza, se pasa al tiritito con meter las medias debajo la almuá, o tamién, poniéndose unos parches con polvos del lumbral de la puerta; pero tiene que recogerlos el propio paciente en cuatro pies y con el deo mojado en saliva, haciendo la cruz en el lumbral de su misma habitación... La gente se enferma de puro esprenía y no se mejora por inorancia de los secretos de la naturaleza, que a too ha previsto en su infinita sabiuría... Y si no, afijese su mercé en esta pobre vieja, con más de sus ochenta años a cuestras, y lo más bien que entuavía puee caminar sin que le arrastren las piernas y atender a los menesteres de la casa.

—Si esta gente que me cuida no sirve para nada ni sabe ninguno de esos secretos de naturaleza, ña Candelaria... Al haber venido Ud. más a tiempo, ya estaría bueno y sano. ¿Y sabe lo que más falta me hace? Una persona que me quiera bien y me haga compañía. ¿Por qué no me ayuda a pasar el rato, ña Cande?... Voy a hacer que le traigan una silla... Fíjese cómo el agua que gorgoritea en esa tetera y el calor de la pieza, están convidando a tomar un matecito.

—Por hacerle un rato compañía a su mercé... Pero voy a sacarme los zuecos, questán toos embarraos, y este pañuelo de rebozo, que viene empapaíto.

Ña Cande sale a dejar sus adminículos al corredor y la sirvienta prepara lo necesario para que se siente al lado del brasero a tomar su matecito. Vuelve, se acerca y se pone a arreglarme las ropas de la cama.

—Su mercé no tiene cuidao al darse vuelta y se estapa toa la esparda... Bien dicen que los grandes son lo mismo que los niños pequeños... Los hombres no sirven pa ná; no saben ni estar enfermos siquiera... Las mujeres no más son buenas pa estas cosas... Afirme la cabeza en el almuaón y no la tenga en el adre. Póngase este poncho pa que no se le vaya el calor... ¡Ya va a hacer otro cigarrito!... Parece que estuviera «prevalicao»... No pite tanto, que así los remedios

no le hacen efecto y nunca se va a mejorar esa cerrazón del pecho...

—Ud. habría sido buena para enfermera, ña Candelaria. Sabe cumplir admirablemente con las obras de misericordia.

—¡Las obras de misericordia dice su mercé!... Algunas las he oído mentar en el cuento de «Pajarillo y la Princesa Catita».

—¡Pajarillo y la Princesa Catita!... Pues ahora mismo me lo va a contar, y si no, retiro mi invitación al matecito, digo bromeando a la buena Candelaria.

—¡Vaya con su mercé! Ya me sacó maquila... Hay que dar en el gusto a los enfermos y entretenerlos como a los chiquillos pa que no se estapen... Voy a atracar un poco este brasero y entre chupá y chupá, qué me ilato en contalo.

Tomó ña Cande sus posiciones a la orilla del fuego, se cebó el primer mate con la parsimonia y el ceremonial de costumbre y empezó su cuento titulado:

### «Pajarillo y la Princesa Catita»

Estos eran marido y mujer. Habían pasado felices durante diez años de matrimonio, con la única pena de ver que corría el tiempo sin que Dios se acordara de darles un hijo que fuera, cuando pequeño, la alegría del hogar, y más tarde, el consuelo de su ancianidad. La noche en que celebraron el aniversario de sus bodas, sintieron más que nunca la soledad en que vivían y se propusieron hacer fervorosas rogativas para que llegara el hijo que tanto anhelaban. Las súplicas dieron su resultado: al poco tiempo, la mujer se sintió embarazada y oportunamente nació un hombrecito a quien pusieron por nombre *Pajarillo*, para significar que haría su carrera por el mundo rápido como una avecilla y salvando, como por el aire, todos los peligros de la tierra.

Pajarillo fué un hijo modelo. El único pesar que causó a sus padres fué cuando—hecho ya todo un real mozo y deseando conocer el mundo—les pidió licencia para salir a rodar tierras. Aunque con mucha pena, comprendieron que no había más remedio que darle en el gusto. Así fué cómo un día, entre abrazos, sollozos y consejos, le echaron la bendición para que saliera a tentar suerte por esos mundos de Dios. Con las provisiones en una bolsita y bien guardados los ahorros que la madre le dió, emprendió su camino con rumbo a la aldea vecina.

Poco antes de llegar, se encontró con un humilde cortejo. Encabezaba el acompañamiento una pobre mujer que no cesaba de lamentarse y de llorar a lágrima viva. Preguntó a quién llevaban a enterrar y le contestaron que al maestro de escuela, un buen hombre que había dedicado toda su vida a enseñar a los niños y a socorrer a sus vecinos, y que moría

dejando a la viuda en tan mala situación, que ni dinero tenía para pagar la más modesta sepultura, y el cadáver iba a ser arrojado a la fosa común. Enternecido por aquel cuadro de miseria, se adelantó al cortejo y en el Cementerio compró una sepultura a fin de que el pobre maestro fuera enterrado dignamente; además, hizo un regalo a la viuda para que atendiera a sus necesidades mientras encontraba en que ganarse la vida.

Se retiraba ya, cuando en las puertas del Panteón se encontró con otro caso igual al primero: eran los cadáveres de dos niñas, que también iban a ser botados a la huesera. Pagó Pajarillo los derechos de sepultura con las economías que le había dado la madre y se fué, muy satisfecho con la obra de misericordia que ordena «enterrar a los muertos».

\*

Por el camino, asomada a la puerta de su casa, vió a una viejita que parecía tener más años que Matusalén, tan encorvada de espaldas, que seguramente la cabeza toparía en la tierra, si un pequeño bastón no le sirviera de puntal. Cuando se enfrentaron, ella le preguntó:

—¿Para dónde va, mi hijito?

—Para donde me lleve este camino, abuelita. Voy a rodar tierras.

—¿Y no tiene miedo a los peligros y a las tentaciones del mundo?

—¿Por qué he de tenerles miedo, abuelita? A nadie he hecho daño; al contrario, procuro hacer al prójimo todo el bien que está al alcance de mis medios, y los consejos de mi madre, que siempre los tengo presentes, me harán huir de las tentaciones y de las malas compañías.

—El que es buen hijo, es bueno en todas las circunstancias y merece que se le proteja en sus propósitos. Aunque soy una miserable viejecilla, de algo podré servirle. Escuche lo que le voy a decir: mañana llegará a un lugar gobernado por un Rey muy rico y poderoso, pero que hace ya tiempo que está completamente ciego. La mitad de su reino ha ofrecido a quien le devuelva la vista; pero nadie, hasta «lutual» (lo actual)—ni los más sabios doctores ni las «meicas» más famosas—le han acertado con las «melecinas». Yo soy la poseedora de la única agüita que puede sanarlo y que desde luego pongo

a su disposición. Haré que le avisen que ha llegado a esta aldea un joven médico que se compromete a devolverle la vista. El Rey lo mandará buscar y una vez en su presencia, Ud. le dirá que lo mejora, no por paga de plata, sino por la Catita que guarda en una jaula de oro. Ni por nada admita dinero, porque sería su perdición.

—Así lo haré, abuelita, y muchas gracias por sus bondades, le contestó Pajarillo.

\*

Cuando llegó a oídos del Rey la noticia de aquel médico famoso que podía realizar el milagro de sanarlo, inmediatamente ordenó que el primer Ministro fuera a buscarlo en la mejor de sus carrozas. Esta se detuvo a la puerta de la casa de la viejita, que despidió a su protegido dándole la bendición. Ya ante el trono, el Rey le dijo:

—Han llegado a mi conocimiento los milagros que realizas con tu ciencia. Devuélveme la vista y pídemela recompensa que quieras, que no quedará por oro ni por plata.

—Yo puedo sanar a su Sacarreal Majestad, pero no por paga en dinero, sino a condición de que me regale la Catita que guarda en la jaula de oro.

Nunca se habría imaginado el Rey que tal iba a ser el precio que el médico exigiría por mejorarlo. Eso significaba más que pedirle la mitad de su reino, porque la Catita era su única hija, que las males artes de una bruja habían encantado. Así fué que le contestó que no podía concedérsela, porque la quería tanto como a su propia existencia.

—Siento mucho entonces, le dijo Pajarillo, no poder sanar a S. M., e hizo amago de retirarse de la sala.

Viendo el Rey que la cosa se ponía seria y que el médico se iba sin aceptar su proposición, le dijo:

—Está bien: que vuelva yo a contemplar la luz del día y te daré a la Catita; pero has de prometerme que la cuidarás como a la princesa más bella, esquivándola de las miradas de las gentes para que no se les despierte la codicia y te la quieran robar.

—Se lo prometo a S. M. Puede estar seguro de que nunca me apartaré de ella y si esto fuere inevitable, bajo siete llaves la dejaré encerrada.

Hecho así el convenio, Pajarillo le puso en cada ojo una

gotita del agua que le había dado su bienhechora y al momento el Rey recobró la vista.

Si amor tuvo antes por sus ojos, más lo tuvo ahora. No se cansaba de volver a contemplar—a la luz del hermoso sol de esa mañana—el cielo, los árboles, las plantas, las flores, las aguas, los animales y todas las preciosuras de la naturaleza; su palacio, los adornos de las salas, los cuadros y los pesados cortinajes. Como niño convaleciente después de larga y penosa enfermedad, el Rey andaba de un lado para otro, se asomaba a los balcones, abrazaba a los miembros de su familia, a los Ministros, a los grandes de la Corte y hasta a los guardias y lacayos que servían en palacio. Todos se contagiaron con la felicidad del Monarca, se echaron las campanas a vuelo y nunca hubo un día de júbilo mayor para los habitantes del reino.

El médico fué llevado en hombros de los principales caballeros hasta el carruaje que lo esperaba a la puerta. Allí el Rey puso personalmente en sus manos la jaula con la Catita, y por la fuerza, a pesar de la resistencia y de las negativas de Pajarillo, lo obligó a aceptar una bolsa llena de monedas de oro, so pretexto de que le servirían para los gastos del viaje. Lo fué a dejar el primer Ministro y lo despidió a la puerta de la casa de la viejita. Esta salió a recibirlo e inmediatamente advirtió en manos del joven la jaula de oro con la Catita y también, el bolsillo con dinero...

—¡Malo, malo! No ha sabido cumplir lo que me prometió, le dijo la viejita.

—El Rey me obligó por la fuerza a aceptar este dinero, le repuso Pajarillo.

—El único remedio que esto tiene, es que lo invierta íntegro en hacer bien a los menesterosos. Para conseguirlo, tendrá que poner a las puertas de la aldea una posada, en la cual proporcione albergue y comida a todos los pobres que lo demanden.

—Así lo haré, dijo el joven, resignado a cumplir cuanto su bienhechora le propusiera.

\*

Desde entonces Pajarillo se vió convertido en el más curioso de los posaderos: no sólo no cobraba nada a cuantos querían albergarse y comer en su posada, sino que, parado en la

puerta de calle, exigía a cada pasajero con trazas de no llevar cobre en el bolsillo, que pasara a almorzar, a comer o a dormir, según la hora, sin que un centavo le costara todo ello. En poco tiempo, la posada del joven generoso se hizo célebre y corrió la voz de que en ella a nadie se cobraba nada, porque su dueño la había establecido para beneficiar a los pobres y más necesitados. Tal rareza no dejaba de tener intrigados a los vecinos y por sobre todo, les llamaba la atención una pieza que siempre permanecía con llave y a la cual Pajarillo entraba sigilosamente dos veces al día: allí guardaba la jaula de oro y sus visitas eran para cambiar el agua y dar de comer a la Catita.

Los padres de Pajarillo ninguna noticia habían tenido de él desde que salió de la casa para salir a recorrer el mundo. Afligidos por la tardanza, un día acordaron salir en su busca y fueron a dar a la posada del joven generoso. Aunque Pajarillo había cambiado mucho, padres e hijo luego se reconocieron. ¡No es para contado el gran gusto que tuvieron de encontrarse sanos y salvos! El joven les refirió todo cuanto le había ocurrido y los viejos resolvieron quedarse a vivir con él para ayudarle en su afán de servir a los menesterosos.

Una vez, Pajarillo tuvo que salir apresuradamente y se le quedó sin llave la pieza en que guardaba la Catita. Una comadre muy curiosa, que no podía conciliar el sueño pensando en lo que el joven guardaba con tanta cautela, pasaba pendiente de cualquier descuido y ahora, aprovechando lo ocurrido, entró al cuarto y se robó la jaula de oro; pero la Catita pudo escaparse y volar a una de las vigas.

La ladrona cerró la puerta y huyó.

De repente, cuando Pajarillo se acuerda de que la puerta se le ha quedado sin llave, vuela a su casa, y lo primero que nota es el robo de la jaula con la Catita. Empieza a buscarla desesperado por todos los rincones y la llama a grandes voces. Ella, que lo observa desde la viga, condolidada al fin de su aflicción, le dice:

—Aquí estoy. Aún no me he ido.

—¡Baja, baja, mi hermosa Catita!—le ruega Pajarillo y pone la mano derecha para recibirla.

En vez de bajar, ella le deja caer en la palma de la mano una lágrima, que se convierte en un hermoso disco de oro.

—Levanta la mano izquierda, le dice en seguida.

Pajarillo la levanta y una nueva lágrima que cae sobre ella le dibuja otro precioso disco de oro. Después de dejar

este recuerdo grabado en sus manos, vuela hacia la ventana y antes de salir al libre viento, le dice:

—Zapatos de fierro necesitarás para encontrarme.

\*

Mucho lloró Pajarillo su desgracia; pero, comprendiendo que nada remediaba con las lágrimas, por muy amargas y abundantes que fuesen, resolvió dejar la posada a cargo de sus padres y salir en busca de la Catita. Mandó a hacer un par de zapatos de fierro y abandonó la aldea a la buena ventura, sin rumbo fijo, a donde quisiera llevarlo su destino. No había andado mucho, cuando le salió al encuentro la viejita, su bienhechora, y le dijo:

—Conozco lo que le ha pasado y sé cuánto quiere a su Catita. Mucho le va a costar encontrarla; pero al fin la hallará. Tome este cigarro y enciéndalo en el primer fuego que encuentre en su camino. Yo seguiré velando por Ud. hasta que todo le resulte conforme a sus deseos.

Y se despidieron, y siguió Pajarillo su camino, y anduvo días y más días, noches y más noches, hasta que se gastaron las suelas de los zapatos de fierro y las piernas se le doblaron de cansancio.

Sentado estaba tomando alientos para seguir de nuevo su camino; cuando a lo lejos divisó un humo que se elevaba como un hilito y se perdía entre las nubes: era el primer fuego que encontraba en su camino. Sacando fuerzas de flaqueza, se levanta más animoso que nunca y toma la dirección de donde sale el humito. Mucho, mucho tiene que andar. Parece que el humo se aleja a medida que avanza por aquel camino desolado y pedregoso; de nuevo las suelas de fierro se han roto y le sangran los pies; pero ya está cerca... Un esfuerzo más y llegará...

De repente, percibe una música lejana y voces de niñas. Las voces le sirven de guía y pronto llega al sitio en que dos hermosas jóvenes están ensayando una canción. Le hacen señas para que se acerque y lo invitan a tomar parte en el coro.

—Estamos ensayando para cantarle a la princesa Catita, que se casa mañana. Nos hace falta precisamente una voz de hombre... Acompáñenos Ud.

Sin hacerse de rogar, empieza a acompañarlas. Si la voz

de las niñas era dulce y armoniosa, la de Pajarillo es cien veces más dulce y más armoniosa. Embelesados estaban en su canto, cuando se detiene frente a ellos una carroza, baja un anciano y los invita a subir para llevarlos a palacio. Aquí, grande era el movimiento de lacayos y servidores ocupados en los preparativos para el casamiento de la princesa.

Al otro día, cuando las personas que iban a cantar avanzaron por entre la multitud para tomar colocación, la novia—que era la misma Catita, que ya se había desencantado y convertido en esa linda princesa—cree reconocer a Pajarillo, se le acerca y le dice:

—Muéstrame tus manos. Y se convence de que es él cuando ve los dos discos de oro que le dejara al partir. Entonces la princesa, imponiendo silencio a los presentes, les pregunta:

—Antes de casarme, deseo que me digan qué vale más en el mundo, si el oro o la plata.

—¡El oro, el oro!—contestaron a una voz.

—Siendo así, perdonen todos y perdone especialmente el que iba a ser mi esposo, si no cumplo mi palabra y me caso con este joven, que representa al oro por las bondades de su corazón. Y no crean que éste es un capricho de mujer: vean ustedes...

Y les mostró los dos discos de oro que Pajarillo tenía grabados en las palmas de las manos y que brillaban como el sol.

Todos quedaron admirados al contemplar aquella maravilla y—comprendiendo que éstos eran los designios del Señor—no hubo más remedio que conformarse y consentir que se echara la bendición al matrimonio de Pajarillo con la princesa Catita. Sirvieron de testigos en la ceremonia, las dos niñas que lo acompañaron en el coro y el anciano que los condujo al palacio, que eran los tres difuntos a quienes en otro tiempo Pajarillo dió honrosa sepultura y que vinieron a premiarlo por haber cumplido con la obra de misericordia que manda «enterrar a los muertos».

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

\*

—Su mercé isculpará, agregó ña Candelaria, si el cuento no ha venido tan al pelo; pero no se me le ocurrió otro más apropiado pal caso que tenemos presente.

—De molde ha venido, pues, ña Cande. No ve que estoy más para la otra vida que para ésta...

—Siempre con sus bromas el patrón. No diga esas cosas, que nuestro Señor lo puee castigar... Cuando está más lleno e vía... Ese malestar se le pasará ligerito y se va a levantar más alentao que nunca... Si es el triúto que toos los años hay que pagar al ivierno... Yo mesma le voy a preparar la melecina del «suor frío» pa que se la tome esta noche, y a ver si encuentro por ey un cuerecito de gato negro pa que se ponga en el pecho... Mañana va a amanecer bien mejor y pasao ya se poirá levantar...

—En todo caso, por lo que pudiera suceder, no se le olvide la obra de misericordia que tan bien sabía cumplir Pajarillo: la de enterrar a los muertos.

—Ejese desas cosas su mercé y quéesese tranquilino en la cama, que mañana será otro día... Y adiós, patrón, que ya me voy... ¡Cómo estarán en la casa esos barrabases de chiquillos, empapaos como diucas, y yo muy abrigaíta aquí, dándole gusto a la lengua y al palaar!... Si estoy como «prevalicá»... Será hasta mañana... y que amanezca bien alentao.

—Hasta mañana, ña Cande, y muchas gracias por la visita.

—Gracias a su mercé, que ha estao tan osequioso con esta pobre vieja.

Mientras ña Candelaria irá chapaleando por el barro, muy empingorotada en sus zuecos de madera, yo me quedo pensando en la eficacia de sus curiosas «melecinas». En la imaginación se me revuelven la leche de burra primeriza, las raspaduras de la calavera, las rosas del año y los cogollos de toronjil, con los parches de polvos del lumbral, las medias debajo de la almohada y la piel del gato negro.

## La Princesa que gastaba siete pares de zapatos por noche

—¿Me mandó llamar su mercé?

—Sí, ña Candelaria. Ud. ya no se acuerda de venir a ver a los enfermos...

—Como supe que su mercé ya se había levantao, no me daba prisa en venir.

—Y yo que la estaba deseando para darle las gracias por sus remedios. Si no hubiera sido por el «sudor de campo y la pielcita del gato negro,» aún estaría en cama.

—Si son santos remedios, patrón. Me alegro de que le haigan probao tan bien; que no se le orvíen pa otra vez que se le ofrezca; contimás que siempre conviene tener sus reser-  
vitas a la mano pa cuando llegue el caso y ahorrarse de andar detrás dellas gastando, como la princesa del cuento, siete pares de zapatos por noche.

—¿Cuento ha dicho Ud., ña Candelaria?

—¡Cuento y muy cuento, patrón! Si su mercé quiere oirlo, qué me ilato en contárselo.

—Mucho se lo agradeceré para que me ayude a pasar esta tarde, ya que todavía no me atrevo a salir de la pieza.

—¡Lástima que su mercé no pueda dar una vueltecita por el campo! El día está que se ríe solo y los caminos bien oríaos con este solcito que alegra los corazones. Con el favor de Dios, mañana amanecerá tan bonito como agora pa que su mercé salga a estirar las piernas, que harto lo habrá menester después de tantos días varao en la cama.

—Así es, ña Candelaria... Pero tome asiento y encienda su cigarrito mientras le traen el mate.

—Ya su mercé me conoce el lao flaco y caa vez que vengo, me anda tentando con el matecito. ¡Qué le heimos de hacer!... Cauna como Dios la hace y la echó al mundo, con sus peros

y sus mases y sus menos. El mate pa las viejas es lo mesmo quel trago pa los curaos: güeno pal frío en el invierno, pa la calor en el verano, pa las penas cuando las hay, pa la conversa cuando se juntan las comaires y pa la debiliá en toas las ocasiones de la vida.

—Como el cigarro para los fumadores... Pero siéntese y vamos con «La princesa que gastaba siete pares de zapatos por noche».

—En seguiita se lo voy a contar. Me dejaré en el bolsico las chacharachas y matutines pa que no salga tan largo.

Y allá va el otro cuento de ña Candelaria:

\*

Este era un Rey que tenía una sola hija. Muy linda era la princesita, pero de costumbres raras y misteriosas: de día pocas veces abandonaba sus habitaciones y nadie sabía nada de sus quehaceres nocturnos; sin embargo, cada mañana su doncella encontraba a las puertas de la alcoba, siete pares de zapatos completamente gastados, como si la niña hubiera hecho un viaje muy largo, por senderos ásperos y pedregosos.

Esto tenía todo intrigado al Rey, que deseaba vivamente saber cómo su hija consumía noche a noche aquellos siete pares de zapatos. No pudiendo averiguarlo por sí mismo, convocó a una audiencia privada a los que creyó más inteligentes de los donceles de su reino y les contó la inquietud que le causaba aquel gastar de botines y cómo estaba dispuesto a conceder una gran recompensa y aún la mano de la princesa, a quien descifrara ese misterio. No era cosa de despreciar el premio que ofrecía S. M. y varios jóvenes intentaron llevar a cabo la aventura.

—Está bien, le dijo el Rey al primero de ellos. Hoy te quedarás vigilando la habitación de la princesa.

Efectivamente, así lo hizo. Poco antes de recogerse, la princesa vino a ofrecerle un vaso de agua. El joven la bebió y al poco rato se quedó profundamente dormido, de modo que nada pudo observar de lo que después aconteciera. Igual suerte corrieron dos o tres jóvenes más: beben el agua, el narcótico hace su efecto y no saben en qué invierte la noche la princesa.

\*

Las noticias de las inquietudes del Rey y del premio que ofrecía, llegaron a oídos de un muchacho muy habiloso que

vivía distante de la Corte. Su madre era viuda y este hijo su único sostén. El joven pensó:

—Si yo averiguara cómo es que la princesa gasta siete pares de zapatos por noche, ganaría una fortuna y podría rodear de toda clase de comodidades a mi pobre madre, que bien se merece un descanso en los últimos días de su ancianidad. Voy a pedirle el consentimiento...

La viejita al principio se negó a ello, temerosa de que le fuera a pasar una desgracia; pero al fin tuvo que acceder a la petición del muchacho, y, aunque con lágrimas en los ojos, se resignó y le echó la bendición.

Después de mucho andar por parajes agrestes y solitarios, llegó a una pobre aldea en que sólo se veían unos cuantos ranchos dominados por la torre de una iglesia.

Una viejita que estaba tejiendo calceta en el umbral de uno de estos ranchos, al ver que el joven, como forastero, miraba indeciso para todas partes, después de darle los «buenos días», le preguntó:

—¿Se puede saber para dónde se dirige?

—Voy al palacio del Rey, a ver si puedo averiguar cómo es que la princesa gasta siete pares de zapatos por noche.

—¿Por qué no pasa a tomar una tacita de desayuno antes de proseguir su camino, o es que prefiere oír la misa primero?

—Lo primero será escuchar la palabra de Dios, que tiempo habrá para tomar desayuno, le contestó el joven, y se dirigió hacia la iglesia.

Después de oír devotamente la misa, volvió a casa de la viejita, que lo festejó con un buen desayuno. Cuando se disponía a seguir viaje, la buena anciana le dijo:

—Muchos jóvenes han pasado por aquí en dirección a la Corte para adivinar en qué gasta la princesa siete pares de zapatos por noche; todos ellos prefirieron el desayuno a la misa, olvidándose «que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca divina», y por eso fueron desgraciados en su aventura. Ud. es mejor que los otros y merece que le diga lo que debe hacer: en primer lugar, no tome el agua que le ofrezca la princesa, porque esa bebida es la que ha hecho quedarse dormidos a los otros jóvenes.

—Bueno, abuelita, así lo haré.

—En segundo lugar, tome estos zapatos de fierro, que lo harán invisible y con los cuales podrá seguir sin cuidado tras de la princesa cuando la vea salir.

—Muchas gracias por sus consejos, abuelita, y ahora, écheme la bendición para seguir mi camino.

Así lo hizo la anciana y el joven partió con sus zapatos de fierro. Al amanecer del día siguiente, llegó al palacio del Rey. Cuando supieron a qué venía, los lacayos lo pasaron al salón de las audiencias.

—¿Conque tú aseguras, le dijo el Monarca, que mañana podrás decirme por qué la princesa gasta siete pares de zapatos por noche?

—Así lo espero, su Sacarreal Majestad.

—Está bien; hoy te quedarás vigilando a la princesa.

\*

Llegó la noche y el joven se puso a hacer guardia a las puertás de la habitación. Cuando ya la princesa se iba a recoger, se acerca y le ofrece un vaso de agua para que apague la sed. El joven la acepta, se hace como que la toma y en un descuido, la arroja por el suelo. Al poco rato se finge profundamente dormido y la princesa, creyendo esto verdad, se pone un par de botines nuevos y sale escapada de la habitación. Tan pronto la ve irse, el joven se calza los zapatos de fierro que lo hacen invisible y sale detrasito.

La princesa camina y camina, con extraordinaria ligereza, y en pos de ella, el joven, quien, gracias a sus zapatos, ni le pierde pisada, ni se pone ante su vista. Se detiene ella frente a un espinal y le dice:

—Buenas noches, mi espinál. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenas noches, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que viene!—le contesta el espinal.

La princesa mira hacia atrás y no ve a nadie que le haga compañía. Se cambia los zapatitos, y camina y camina con pasmosa rapidez, seguida de cerca por el joven. Llega a un pedregal y le dice:

—Buenas noches, mi pedregal. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenas noches, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que viene!—le contesta el pedregal.

La princesa mira hacia atrás y no ve a nadie que le haga compañía. Se cambia los zapatitos, y camina y camina, como si no asentara los pies en el suelo, seguida muy de cerca por el joven, quien, gracias a sus zapatos de fierro, es invisible

y no se despega de su lado. Llega a la orilla de un río y le dice:

—Buenos días, mi río. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenos días, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que viene!—le contesta el río.

La princesa mira hacia atrás y no vé a nadie que le haga compañía. Se pone el tercer par de zapatos, pasa el río y sigue su camino hasta que llega a un hermoso palacio, que desde lejos se divisa fantásticamente iluminado con profusión de antorchas de diversos colores. Llama a la puerta con siete discretos golpecitos y un lacayo sale a abrirle.

—Buenas noches, mi portero. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenas noches, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que viene!—le contesta el portero.

La princesa mira a su alrededor y no ve a nadie que le haga compañía. Se cambia los zapatitos y avanza hasta un gran salón. El joven entra también y se esconde detrás de la puerta. Desde ahí observa las elegantes parejas de galanes y doncellas que danzan y cantan a los acordes de toda clase de instrumentos. Veloces pasan las horas sin que nadie dé señales de cansancio. Sólo viene a interrumpirse el baile cuando se anuncia que está servida la cena y los danzantes desfilan hacia el gran comedor.

El salón queda completamente desierto. Curioso el joven por conocer más de cerca aquella magnífica sala, abandona su escondite y la recorre en todas direcciones. Llega al sitio reservado a la orquesta y para tener una prueba de que hasta ahí mismo ha seguido a la princesa, corta de la guitarra una cuerda y un bordoncillo de oro, se los guarda y vuelve apresuradamente a su rincón.

\*

Después de la cena, el baile continúa con mayor entusiasmo. Cuando los relojes dan las cuatro de la mañana, la princesa se despide para regresar a su palacio; pero entonces echan de menos el bordoncillo de oro y la cuerda de la guitarra. Las sospechas recaen sobre la princesa, que es la única que tiene que retirarse a esa hora. Ella, muy ofendida, sale sin despedirse, diciendo que nunca más pondrá los pies en aquella casa. Seguida por el joven, la princesa camina y camina, con más rapidez que cuando venía, por el atraso que ha sufrido al partir. Llega a la orilla del río y le dice:

—Buenos días, mi río. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenos días, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que va!—le contesta el río.

La princesa mira a su alrededor y no ve a nadie que le haga compañía. Y se cambia los zapatitos, y camina y camina, y llega al pedregal y le dice:

—Buenos días, mi pedregal. ¿Están listos mis zapatos?

—Buenos días, mi princesa. Listos están sus zapatitos. ¡Y qué acompañada que va!—le contesta el pedregal.

La princesa mira a su alrededor y no ve a nadie que le haga compañía. Y se pone los zapatitos, y camina y camina, y llega al espinal, y se cambian las mismas preguntas y nunca ve ella al joven, quien, gracias a los zapatos que lo hacen invisible, la ha seguido sin perderle pisada.

—Alcanzó la princesa a llegar a palacio antes que clareara el alba, se metió a su habitación y se quedó profundamente dormida.

\*

De poca tranquilidad gozó el Rey aquella noche, impaciente por saber cómo le había ido al joven en su misteriosa pesquisa. Apenas se levantó, lo hizo venir a su presencia.

—¿Has averiguado—le preguntó—por qué la princesa gasta siete pares de zapatos por noche?

—Ya he descubierto el secreto, le contestó el joven. Todas las noches la princesa asiste a un regio baile que se da en un palacio muy lejano. Para llegar a él, tiene que cambiarse zapatos tres veces a la ida, una vez para entrar al salón y tres veces a la vuelta. Y no sólo está el palacio muy distante, sino que el camino es tan malo, que se hacen pedazos las botitas de seda de la princesa.

Y siguió contándole el saludo de la niña al espinal, al pedregal y al río, la fiesta que había durado hasta las cuatro de la mañana y el robo del bordoncillo de oro y de la cuerda de la guitarra, del cual habían culpado a la princesa.

—Y para que conste que es cierto cuanto estoy diciendo, aquí los tiene S. M. Y sacándolos del bolsillo, depositó ambos objetos en las manos del Rey.

—¿Qué dirá mi hija a todo esto?—pensó el Monarca. Que venga inmediatamente a mi presencia, ordenó a uno de sus guardias.

—¿Conoces esta cuerda y este bordoncillo de oro?—le preguntó cuando la tuvo ante su trono.

—¡Ah, señor!—exclamó la niña sin poder contenerse. ¡Devolvedme esos objetos, que han sido la causa de que se haya desconfiado de mi honradez!

—Esos objetos no me pertenecen. Son de este mozo, que ha seguido tus pasos.

—¡Al fin, dijo la princesa, se ha deshecho este encanto que me martirizaba noche a noche! Sólo falta que este joven llegue hasta el palacio encantado para probar mi inocencia. Ordenad, señor, que esto se cumpla y disponed de mí conforme a vuestra real voluntad

—Mi real voluntad, le replicó el Rey, muy enojado, es que te cases con este valiente joven, ya que a él se debe tu salvación.

Y así fué cómo el joven llegó a casarse con «la princesa que gastaba siete pares de zapatos por noche». Nunca más volvió ella a sus excursiones nocturnas y a lo sumo asistía a los bailes que se daban en su propio palacio.

El afortunado mozo no olvidó a su madre, a quien trajo de la aldea para que viviera en medio de las comodidades y lujos de la Corte.

## La tertulia de Ña Candelaria

No estoy del todo satisfecho con los cuentos que he tomado a ña Candelaria. Son mis deseos oírle algunos al natural, en su jerga campesina, con sus dimes y diretes, completos sus matutines y chacharachas. Aunque tiene bastante confianza conmigo y es viva y despejada en las narraciones, en mi presencia se nota cohibida e involuntariamente pule su lenguaje y adecenta sus maneras de decir.

Hace tiempo que ando a caza de la ocasión para asistir a las tertulias que suele tener después de la merienda, debajo de la ramada, a la luz de la luna ó de las llamas que dan los tizonos del brasero.

Anoche se me ha presentado la oportunidad que deseaba. He sabido por Mateo, el mayordomo, que ña Cande tiene invitados a varios de los inquilinos para festejar con mate a las mujeres y con unos tragos de ponche a los varones en celebración del día de su santo. Mateo preparó las cosas de manera que pude ser testigo de la tertulia sin que notaran mi presencia.

Como a las ocho—lápiz en mano—estoy ya instalado en el propio cuarto de ña Candelaria. La puerta, semi-entornada, me permite dominar por completo el escenario; la dueña de casa ha sacado de la cocina el brasero con todos los adminículos para el mate y lo ha puesto muy próximo a la mesa que hay debajo de la ramada. La luna pone claror de día en el patio esmeradamente barrido. Empiezan a llegar los invitados: Andrés, ña Antuca y sus tres chiquillos mayores; don Goyo, su mujer y dos de sus hijos; el Ojo Triste y ño José María. A éstos hay que agregar los dueños de casa: Ramírez, la Jesusa y sus tres o cuatro diablillos. Total: más de una docena entre grandes y chicos.

Mientras los hombres, perezosamente afirmados de codos en la mesa, chupan su fuñingue de hoja, y las mujeres, sentadas en pisos de totora, se sirven mate tras mate, los chiquillos, a piernas cruzadas en el suelo—como idolillos hindúes—esperan anhelantes que empiecen los cuentos, objeto esencial de su visita y por los cuales sacrifican gustosos las primeras horas del sueño.

Sin darse por entendida, ña Candelaria chupa y chupa la bombilla, pita y pita su fuñingue. La carrendilla de mates no se acaba nunca. Los hombres remojan la charla sobre las faenas del día con frecuentes tragos de ponche. Cansados de la espera, el más osado de los muchachos rompe el silencio o interrumpe la conversación de los mayores:

—¿Qué hubo del cuento, pues, ña Cande!...

—¿Cuénto? .. ¿Cuento?.. Les contaré el del gallo piojento... Pásense pal otro asiento... O el del gallo pelao... Pásense pal otro lao.

Los peles se impacientan, hacen mohines de desagrado y entonces les propone «el del gallo con moquillo». Creen que se trata de un cuento nuevo y exclaman:

—¡Bueno, bueno!

—¡No se impacienten, chiquillos!—les dice ña Cande, soltando la carcajada, muy satisfecha de aquel juego, como el gato que a pausa está matando al ratón.

Por fin, compadecida, empezó así:

—Pa saber y contar, y contar pa escuchar, y escuchar pa aprender: estera una trara muerta que me quería comer y yo, como estaba chica, no me sabía defender. No lecharé muchas chacharachas, porque la vieja es muy lacha, ni le dejaré de echar, porque de too ha de llevar: pan y pan pa las monjas de San Juan; pan y harina pa las monjas capuchinas; pan y queso pal diablo leso; pan y luce pal diablo chuche; esteras y esteras pa secar peras; esteras y esterillas pa secar perillas; esteras y esterones pa secar orejones... Pongan oídos y atención los chiquillos maldaosos, que se pierden de la casa sin consentimiento de las maíres.

Pues han de saber, niños míos, quen la hacienda del Mirador hubo un bandío, a quien por mal nombre lo mentaban *El Carancho*. Era muy requetefeo, más requetefeo quel pecao mortal. De puro feo, naide le daba entrá en su casa, porque toos tenían mío de ver aquélla caraza y aquella facha de bandío asqueroso, sin Dios ni ley... ¡Ave María Purísima!... ¡Jesu-

cristo los ampare y el diablo se haga sordo!... (Ña Cande se santigua apresuradamente y los chiquillos abren los ojos tamañazos).

Afigúrense, niños míos, quera chico, rechoncho y patizambo; tenía las piernas torcias, mesmamente que carnero, no le faltaba su peazo e rabo y una barba que parecía e chivato. La cabezota era un melón qui que; la cara, una sandilla iverniza; la nariz, una zanagoria grande; los ojos, reondos y relucientes como carbones encendíos, y los pelos, tiesos como cerdas. Le colgaba de la esparda una bolsa pelúa que parecía de cuero e cabrón.

Unos icían quera el mesmo diablo en carne y huesos y otros icían que el Carancha había hecho pauto con él pa robarse toos los niños de la vecindá. En cuanto empezaba a escurecer, ya el Carancha aparecía por ey debajo diun sauce, balanciando su cara de sandilla iverniza, echando juego por boca y narices y los ojos encendíos como brasas.

Cuando lo véidan venir, los hombres agarraban otro camino, los chiquillos arrancaban a matarse y las maires corrían a la casa pa esconder a los niños más grandes y favorecer en la farda a los chiquitines.

El Carancha salía entonce de su escondrijo y, balanciándose en sus piernas e chivato y meniando el rabo, asomaba su carota de sandilla iverniza por las rendijas e la puerta o por entre las quinchas el rancho, y cuando véida que las maitas tenían en los brazos a las guaguas, daba una feroz risotá: ¡ja-ja-ja-ra-ja!—que se oía hasta muy lejos... y se iba echando maldiciones.

Cuando lograba pillar a un niño descuidao o a otro que golvía tarde pa la casa, se le iba encima como una fiera, le aprétaba el cogote con sus garras, lo metía de cabeza en el saco... y seguía como si tal cosa su camino. En las noches más oscuras, cuando llovía a chuzos, y retumbaban los truenos, y brillaban los relámpagos, el Carancha—en cuanto sentía llorar una guagua o gritar un chiquillo—asomaba su cara de sandilla iverniza, que echaba juego por boca y narices y que véida hasta muy lejos con sus ojos encendíos como brasas, y si el niño estaba solo, dentrabá, le retorció el pescuezo... ¡y al saco con él!... Si estaba la maire cuidándolo, seguía ailante, después de lanzar su feroz risotá, que llegaba a helar los corazones: ¡ja-ja-ja-ra-ja!

Se habían perdío como una docena de niños y la gente no

hallaba qué hacer pa pillar al terrible Carancha. De día no lo encontraban en ni unita parte y de noche se les hacía humo, lo mesmó que álima en pena: era seguro que tenía pauto con el diablo.

Cuando vinieron las misiones, le contamos al señor Cura lo questaba pasando con el Carancha y dijo queran cosas del dimonio, porque había tanta gente sin casase como Dios manda y tantos niños sin cristianar. El lo iba a hacer que reventara con la cruz y lagua bendita.

Una noche el señor Cura sencerró en la casa el mayordomo y ya bien retarde, hicieron llorar a una guagua que tenían. Al poquito rato apareció la cabezota del Carancha echando juego por boca y narices. El señor Cura—que lo aguardaba escondiito etrás e la puerta—en cuanto lo vió, le tiró con el hisopo de agua bendita por la cara y le mostró un capulario con la carita del Salvador crucificao. Al punto se sintió un estampío como cañonazo. Cuando salieron, ni luces del Carancha. Sólo se véidan en el suelo unós peazos de cáscara de sandilla, una zanagoria y un cabito e vela, que espedía un olor a azufre que no se poía aguantar.

El señor Cura puso una alcancía y la gente echó mucha plata pa las alimitas del Purgatorio y pa que ijiera hartas misas y el Dimonio no golviera a aparecer; porque era el diablo que en cuerpo y arma había tomaó la mesmita figura del Carancha...

Y se acabó el cuento  
y se lo llevó el viento,  
y pasa por un zapato roto  
pa que ña Antuca cuente otro.

\*

Cuando ña Candelaria echó el cogollo a su cuento, los chiquillos exhalaban un suspiro de descanso. Lo había narrado tan a lo vivo, con tales aspavientos terroríficos, que los muchachos se habían ido estrechando poco a poco, la mirada fija en los rincones oscuros, pensando tal vez que de repente verían aparecer los ojos encendidos del Carancha.

La Antuca, aludida por ña Cande, le replicó:

—Cuenta usted mejor algo de lo que le haiga pasao en su moceá.

—¡Qué te voy a contar, pus, niña! Mi vía ha sío como

la tuya y como la de toas las mujeres: juí joven y na mal vista, continás que agora parezco una tinaja; me matrimonié, tuve hijos, me abandonaron, enviué... y aquí me tení, ya medio «prevalicá», esperando que Dios me llame a juicio y tenga misericordia pa que me perdone los pecaos... Cuéntales vos a estos mocosos el cuento del *Príncipe del España*, pa que pasen el susto que les ha dao el Carancha.

—Se los contaré, pue, ya que me echó el tonto a mí. Pa saber y contar, y contar pa escuchar, y escuchar pa aprender. Esteras y esteritas pa alfombrar casitas; esterasy esterones pa alfombrar salones; esterasy manteles pa comer pasteles; esterasy mantillas pa comer frutillas. No le echaré los combates, porque acabo e tomar mate, ni le ejaré de echar, porque de too ha de llevar. Si no les gusta el versito pa abrir el apetito, valga la buena intención y óiganme con atención:

Estera un Rey muy rebuenazo con sus súditos, que vivía al otro lao e la mar, en unas tierras que llaman las Uropas; pero, si el Rey era bueno, le ejaba chiquitito su hijo, quera mejor quel pan. Hacía hartazo tiempo que a este Príncipe le había entrao una enfermeá que naide se la conocía, hasta que un dotor ijo questaba enfermo e «pensión» y le recetó que saliera a roar tierra.

Su Sacarrial Majestá no quería dale el consentimiento; pero como el mozo se iba poniendo caa día más escolorío y delgao como fideo, al fin le echó la bendición antes que se juera a morir. Y le dió pal camino un buen caballo ensillao y un espaín cortito, que tenía en la cacha una cruz de pieiras preciosas. Al tiempo de espeirse y de echale la bendición, Su Sacarrial Majestá le ijo:

—Hijo mío: te doy el mejor caballo de mi reino y ese espaín, ques de virtú contra toda clase de enemigos, deste y del otro mundo. Consérvalo como hueso e santo y con él se la ganarás al mesmo Demonio.

—Gracias, mi señor paire y rey mío, le ijo el Príncipe, y le besó la mano, de roillas a sus plantas.

Su Majestá le echó los brazos al cuello llorando y se despidieron.

\*

El Príncipe del espaín montó en su caballo, le soltó la rienda y lo ejó que siguiera el camino a su voluntad. A poco andar, divisó a un hombre questaba en un potrero arrancando

de reicita, como si fueran matas de maleza, unos espinos muy regrandazos.

—¿Qué estay haciendo ey, ho?—le preguntó el Príncipe.

—Ya lo ve, pu, patrón, le repuso el hombre: toy arrancando estos espinitos.

El Príncipe vió que le convenía llevarse aquel hombre que tenía tantazas juerzas y le ijo:

—Venite conmigo; te tomo a mi servicio.

A poco andar, encontraron a un hombre questaba aplanando unos cerros.

—¿Qué estay haciendo ey, ho?

—Ya lo ve, pu, patrón: toy aplanando estos cerritos.

—Venite conmigo, le ijo también. Te tomo a mi servicio. Tu compañero se llama *Arranca-Espinos* y voh te vay a llamar *Aplana-Cerros*.

\*

A poco andar, encontraron a un viejo questaba sentao a la vera diun camino, con una cara muy atingía.

—¿Qué le pasa, mi buen viejo, que tiene esa cara tan affijía?—le preguntó el Príncipe.

—Cómo no he destar apenao, pue, ñor, le contestó el buen viejo, cuando los diablos se han apoerao de mi casa y hey tenío que ejarla abandoná.

Tonce el Príncipe mandó a sus dos servidores pa que fueran a echar a los diablos de la casa. Al poquito rato volvieron Arranca-espinos y Aplana-cerros toos rajuñaos, iciendo que no habían podío desalojar a los diablos. Tonce al Príncipe le dió tanta incomoiá, ñor, que se bajó de su caballo y con el espaín en la mano se jué derecho pa la casa abandoná. Allí encontró una pila e diablos chicos, de diablos más grandes y al Diablo Cojuelo, que los mandaba a toos, y los agarró a espaaazos; tajos van, tajos vienen; mandobles pa un lao, mandobles pa otro; unos reventaban en cuanto véidan el espaín, otros arrancaban a matarse. El Diablo Cojuelo se arrancó pal techo y diallá mi buen Príncipe lo bajó e las mechas, le abrió un aujero en la lengua y lo ejó colgao en un árbol. El Diablo llegaba a bramar, echando espumarajos e sangre por la tarasca. Pusieron al buen viejo en posesión de la casa abandoná y se acostaron a dormir.

A media noche sintieron un ruido muy regrandazo: era el Diablo Cojuelo que se había rebanao la lengua y bramando

del dolor, se había arrancao pa los projundos infiernos, dejando un rastro e sangre que se véida patentito.

\*

El Príncipe hace ensillar su caballo y lo sigue con sus dos hombres de servicio. A poco andar, encontraron unos arrieros que llevaban veinte caballos. El Príncipe se los compró al lote, los mataron, hicieron un lazo de too el largo que daban los cueros, se los echaron al hombro los dos servidores y volvieron a séguir el rastro de sangre. De repente, el rastro se perdió, preisamente a la dentrá diuna cueva questaba tapá con un gran peñasco.

—¡Levanta ese peñasco!—le manda el Príncipe a Arranca-espinos; pero, por más que se llega a poner ñato haciendo juerzas, no puee ni menialo tan siquiera.

—¡Levántalo voh!—le manda entonce a Aplana-cerros, pero, por más empeño que le hace, no lo puee ni mover.

—¡Háganle juerzas entre los dos!—Pero ni así: el peñasco firme que firme.

Al Príncipe le dió tanta incomoiá, ñior, que llegó a ponerse coloráito e rabia. Se dejó quer del caballo con el espain en una mano y con lotra agarró el peñasco y lo dió güelta como si tuviera resorte. Queó entonce al descubiertu la mesmita puerta del Infierno, que echaba unos bahos de azufre que no se poía ni respirar.

—¡Bájate voh!—le ordenó el Príncipe a Arranca-espinos. Lo amarraron de la cintura con el lazo de los veinte caballos y le jueron alargando, alargando. Al poquito rato, el hombre empezó a cimbrar el lazo pa que lo tiraran parriba. Daba lástima verlo cuando llegó a la boca e la cueva: chorriando sangre, too rajuñao, como si una runfla de gatos alzaos se le hubiera éido encima.

—¡Bájate voh agora!—le ordenó el Príncipe a Aplana-cerros. Y le pasó lo mesmito que a su compañero. Tonce el Príncipe, impaciente de nuevo, les ijo:

—¡Amárrenme a mí! Yo bajaré.

Lo afianzaron bien de la cintura y empezó a bajar por aquella cueva que no se acababa nunca, mientras los de arriba, alarga y alarga el lazo, que no se acababa nunca.

Pescao con una mano y en lotra el espain, mi buen Prín-

cepe iba dando tajos y reverses a diestro y siniestro y desco-  
gotando diablejos, que quéidan tumbaos a los profundos in-  
fiernos. Cuando el lazo taba a punto de acabarse, Arranca-  
espinos y Aplana-cerros sintieron que se ponía livianito y ca-  
charon quel Príncipe había tocao suelo firme. En efeuto, había  
sentao pie, pero no en el fondo del infierno, sino en un palacio  
encantao, quera una preciosura. Al ver aquella maravilla, mi  
buen Príncipe se refregaba los ojos a dos manos, porque créida  
questaba soñando. Y más jué su asombro cuando, al mirar  
pa un lao, vió a una linda niña con los ojos que ya se le salían  
de puro asustá. Tamién el Príncipe se queó embelesao mirán-  
dola.

\*

—¿Cómo ha venío a dar puaquí?—le preguntó la linda  
niña.

—Maté a toos los diablos, le contestó.

—¡Ay, señor!—le ijo la linda niña.—Si se escapó de los  
diablos, no se libraré del Tigre carnícer, que es el que me  
cuida a mí.

En esto estaban, cuando se oyó un rugío y una voz espan-  
tosa:

—¡Carne humana huele aquí!..

La linda niña alcanza a icile:

—El tigre tiene la vía en la cola... ¡Córtesela!...

El Príncipe se escondió etrasito e la puerta y al pasar,  
de un tajo le cortó la cola... Y el Tigre cayó muerto a sus  
pies... Siguió entonces ailante con la linda niña e la mano y  
llegaron a otro aposento más boñicho quel primero. Allí en-  
contraron llorando a la hermana del medio, que le pregunta  
toa asustá:

—¿Cómo ha venío a dar puaquí?

—Maté a los diablos y al Tigre carnícer, guardián desta  
linda niña, le contesta.

—Si escapó de los diablos y del Tigre carnícer, no se  
libraré del León de la larga melena, que es el que me cuida a mí.

En esto estaban, cuando se oyó un bramío espantoso:

—¡Carne humana huele aquí!

La mediana alcanzó a icile:

—El León tiene la vía en la oreja erecha... ¡Córtesela!..

El Príncipe se escondió etrasito e la puerta y al pasar,

diun tajo le cortó la oreja erecha... El León cayó muerto a sus pies...

Siguió el Príncipe ailante con la linda niña e la mano y seguía de su hermana. Luego llegaron a otro aposento tan boñicho como los otros dos. Allí encontraron llorando esesperá a la hermana menor. Al verlos, le preguntó al Príncipe:

—¿Cómo ha venío a dar puaquí?

—Maté a los diablos, y al Tigre carniceiro y al León de la larga melena, queran los guardianes destas dos hermosas niñas.

—Si escapó de los Diablos, del Tigre carniceiro y del León de la larga melena, no se libraré de la Hiena feroz, que me cuida a mí.

En esto estaban, cuando se oyó un rugir que hacía temblar la caverna: ¡Carne humana huele aquí!

La menor alcanzó a icile: La Hiena tiene la vía en la oreja izquierda... ¡Córtesela!...

El Príncipe se escondió etrasito e la puerta y al pasar, le cortó la oreja izquierda... Y también cayó muerta a sus pies.

Siguió el Príncipe andando, con la linda niña e la mano, que no la esamparaba un instante, seguía de las dos hermanas, y a poco trecho oyeron un quejío que atronaba la cueva. Avanzó hasta un aposento y allí vió al Diablo Cojuelo revolcándose en la cama, enfureció por el dolor de la cortaura e la lengua. Desesperao, si lo sana de tan gran sufrimiento, le ofrece una varillita de virtú que él se había guachapiao y que de ná poía servile, porque toa mercé le era negá por el Paire Eterno.

—Bueno, le ijo el Príncipe; pero tení que ejarme salir con toa libertá, acompañaio destas tres niñas, quel Tigre, el León y la Hiena tenían aprisionás.

El Diablo conyino en ello: le dió la varilla y pasando y pasando, el Príncipe lo sanó de la rajaúra e la lengua y se jué con las tres hermanas pa salir de la caverna. Le amarró a la mayor el lazo a la cintura yizo la señal pa que la tiraran parriba. Del mesmo moo subieron la mediana y la menor. Cuando le tocaba alzarse a él, amarró un gran peñasco.

—¡Qué bien repesao questá el Príncipe!—dijeron arriba Arranca-espinos y Aplana-cerros. Tenimo que escupilos las manos pa quel lazo no se los refale... y lo largaron pa quel Príncipe se hiciera añicos contra las pieiras.

Estos malvaos habían tao secretiándose y concertaron

matarlo pa quearse con las chiquillas; pero el Príncipe—que no tenía un pelo e lesó—las malició y por eso amarró el peñasco en lugar dél. Tan juertazo jué el rebote que dió la pieira, que se hizo peacitos, y con la polvarea, too queó sumió en la escuriá.

Tonce el Príncipe se acordó de la varillita y le ijo:

—Varillita, por la virtù que Dios te ha dao, sácame desta caverna.

Apena había acabao de icilo, sin saber cómo, se encontró en la boca e la cueva. Miró pa toas partes y ni luces que había de Arranca-espinos ni de Aplana-cerros. Estos bárbaros mal agracíos se habían llevao por la juerza a las tres hermanas, que contra na lloraban a lágrima viva.

—Varillita, por la virtù que Dios te ha dao—volvió a icir—éjame ailantito desos bandíos.

Apena había acabao de peílo, cuando ya estaba al frente de aquellos facinerosos, que, al velo, de puro mieo se vinieron caballo abajo y llegaron a dar bote en el suelo. El Príncipe sacó el espain pa matalos; pero la linda niña le pidió que los perdonara. ¡Cómo él le iba a negar na a esa preciosura, pu, ñor! Les perdonó la vía, pero les quitó la juerza, y en ailante Arranca-espinos y Aplana-cerros quearon buenos pa na: pa acarriar agua, pa barrer la casa y pa sacar los desperdicios...

Luego las tres hermanas contaron al Príncipe que eran hijas de un Rey muy poeroso y le pidieron que les hiciera la mercé de llevarlas pal palacio de su paire.

—Varillita, por la virtù que Dios te ha dao, ijo el Príncipe, lléalos pal palacio destas tres lindas niñas.

Y sin saber cómo ni cuándo, se encontraron en medio del salón, onde la Reina y el Rey lloraban esconsolaos la pérdia de sus tres hijas. Estas les contaron toa la historia de sus desgracias, y el Rey, muy emocionao, le ijo al Príncipe del espain que, como recompensa por sus hazañas, eligiera por esposa a una de las princesas. Las miró de una en una y se fijó en la linda niña, que se había puesto coloraíta como una rosa y no levantaba los ojos de la alfombra.

—Esta quiero por esposa, mi Rey y señor, le ijo.

Pa sellar el compromiso, el Rey tomó la mano erecha de la princesita menor y la puso sobre la del Príncipe del espain. Al tirito los dos se dieron un abrazo bien apretao y un beso que resonó por toichicho el palacio.

El Rey, la Reina y las príncipas no cabían en sí de contento y más cuando supieron que el novio era hijo del Rey vecino,

grande amigo de la familia rial. Luego se fijó el día pa la boda y jueron en gran séquito a conviar a Su Sacarrial Majestad.

Nunca se había celebrao una fiesta más maunífica que la del casamiento de la «linda niña» con el Príncipe del espain, Asistieron con sus ropas de gala toos los Menistros, chambe-lanes y grandes de la Corte. Tamién se arreglaron mesas pa los pobres, con viandas y potajes que daba gusto el miralos y mayor gusto el servíselos... Y hasta yo, que andaba puallí. toqué mi buen peazo de torta, unas presas de ave y un buen trutro e pavo con ensalá...

Y se acabó el cuento  
y se lo llevó el viento.  
Pasa por un zapato roto  
pa que ño André cuente otro.

\*

Andrés se hizo de rogar un poco:

—Si yo no sé cuentos, ñor...

—¡Meh, meh! Sabíh la mar y te estay haciendo al rogar, le dijo ña Antuca.

—Es que los cuentos que yo sé no son na pa niños. Hay algunos que comen con color...

—Métale no más, que de toíto ha de haber. Los chiquillos no son naíta de las monjas.

—Eso sí que no, dice la Antuca. No vengay a salir con algún espanzurrio.

—Echele no más, ño André. Póngale gente a la loma y perros a la quebrá.

—El que se me está ocurriendo, no es na colorao; pero es medio amarilloso...

—Ya se jué el burro al mey... No te estoy iciendo que no vay a contar cochinas...

—Si nues tan cochino que igamos; es medio hediondón no más, dice Andrés, sonriéndose socarronamente.

—Yastá, pue, ñor, échelo ajuera y cuando sea preiso, los hace una señita pa tapalos las narices.

—Se jué la bolita. Echele pa ailante, que patrás anda solo.

—Con tanta desigencia... Al avío, pue, y ustees ispen-sarán las barbariaes que salgan. El cuento se llama:

### «El tonto emplumao»

Pue, ñor, estera un matrimonio que había tenío dos hijos: uno se llamaba Pancho y el otro Francisco; uno era más grande y el otro más chico; uno era flacuchento y el otro macizo. Los dos taban ya guainas y habían salío medio calaveras. La maire no poía sujetarlos en la casa, y como eran harto picaos a la araña, por ey no más se llevaban metíos en trifulcas y remoliendas, hasta que gastaban toichichos los cobres y queaban en cualquier parte, botaos en el suelo como perros y curaos como piojos.

La pobre maire taba esesperá, pue, ñor, porque pa na poía contar con ellos, ni pa que le pasaran una sé de agua tan siquiera, y peía a nuestra maire santa Rita—ques la abogá de los imposibles—le diera otro hijo que juera pa ella solita y pa que la cuidara en los días de la vejez.

Por ese tiempo se enfermó el viejo e su marío, y antes de dar el último suspiro, entre boquiá y boquiá, es que le ijo a su mujer:

—No se te dé na, vieja.—Yo me voy a morir, pero voy a tener un hijo que te va a sacar de toos los apuros.

Apenita alcanzó a icir esto, el viejo abandonó este mundo y se jué a golpiar a las puertas de San Peiro. Al poquichicho tiempo, la mujer empezó a sentir los dolores del parto y le vinieron unos retorcijones tan grandazos y tan bien rejuertes, pu, ñor, que unos créidan quiba a tener mellizos y otros icían quera el anticristo que le iba a nacer. Al fin desembuchó un chiquillo tamañazo, que aparentaba como nueve meses de nació, y jué creciendo, creciendo tan apriesa, que a los 12 años parecía un mozo barbao de 20. Pero el pobrecito era tonto, retonto, tonto remachao. Por «el tonto» lo conocía too el mundo, y a caa

rato se llevaban con el pobre iciéndole «el tonto» parriba y «el tonto» pabajo. Allí se pasaba, con el rial que se le quéida, hilando babas a lorilla el juego, escarbando la ceniza, haciéndo hoyitos con un palo o contándose los deos.

Sus hermanos, Pancho y Francisco, no lo poían ni ver, le sacaban el cuerpo y lo echaban a rempujones cuando quería juntarse con ellos. La pobre vieja lloraba a lágrima viva por aquél esgraciao que Diós había echao al mundo, y renegaba de su marío, que le había dicho al morir: —Vay a tener un hijo que te sacará de toos los apuros... De qué apuros la iba a sacar aquel infeliz, pue, ñor, que no se espegaba de lorilla el juego ni pa hacer sus necesiaes...

—Ya testay desmandando, André. Ejate desas cosas, le interrumpió ña Antuca.

—Ejelo no más, ñora. El cuento hay que contalo con toos sus alifafes, le replicó don Goyo.

—Es que a éste hay que amarralo cortito, en la e no, luego se arranca con los tarros.

—Como iba iciéndo, pu, ñor, un buen día, los dos hijos mayores se hincaron de roillas ante la vieja y le ijieron:

—Mamita, échelos la bendición, porque querimo salir a roar tierras.

—Pero, hijitos por Dios, les replicó la viejaña, cómo se atreven a peirme permiso pa salir a roar tierra y me ejan sola y abandoná en el mundo, y entuavía, con estíotro hijo, ques una calamiá, quen lugar de ayuame, me sirve de estorbo puramente.

Los guainas no querían seguir viviendo al lao de aquel tonto, no le hicieron na e caso a la pobre maire y tuvo que darles la bendición. El tonto—que al laíto el juego sestaba haciendo más lesano que lo quera— le ijo tamién a la vieja, con voz bien afligía: ¡Mama: yo tamién quiero salir a roar tierras con mis hermanos!...

—Voh no poí venir con nootros, le ijieron los hermanos.

—¡Sí pueo!—repuso el tonto, y se puso ailantito dellos.

—Mamita: no poímos llevar a este tonto: va a servilós de puro estorbo no más por el camino.

Entre tanto, el tonto repetía: ¡Yo tamién quiero ir a roar tierras... a roar tierras...! Y se puso a llorar como un Jeremidas.

La pobre maire no hallaba qué hacer, pu, ñor. Tonce Pancho y Francisco agarraron al tonto por la juerza, lo esnuaron

de toas las prendas y lo ejaron en los puros cueros, empelotita, como Dios lo echó al mundo; lo metieron a repujones en el gallinero, le echaron llave a la puerta y le escondieron toitita la ropa pa que esnúo no hiciera ni amago a seguirlos...

—¡Ah puchas que tendría frío, ñor!—interrumpió don Goyo.

—Si no era ná, invierno, ñor: hacía harta calor... Y éjese destarme echando piales, compairito, porque el tonto tenía malazo genio y a lo mejor se púee echar patrás y empacarse...

—Tonce déle huasca no más, compaire, que no me le pararé más en la cancha...

\*

—Como iba iciendo, pu, ñor, el tonto lloraba a moco tendío, pero contra na pitiaba, porque, aunque tenía hartaza juerza, los hermanos se la salieron ganando.

—¡Bueno el tonto bien remajaero!—icían.—De buen clavo los zafamos...

Y caa uno sechó su bolsita e prevenciones a la esparada y partieron a roar tierras.

Ejemos, pu, ñor, que Pancho y Francisco sigan su camino por esos mundos de Dios y volvamos a mi buen tonto, que había quedao encerrao en el gallinero, junto con un pavo de moco bien largo y unas gallinas trintres questaban echás. Tonce el tonto se puso a espantar el pavo y las gallinas, les sacó toitos los huevos y uno por uno los jué quebrando y tirándolos esparramaos por el suelo.

¡Güen dar, ñor, con la melcocha espesa, blanca y amarilla, que queó formando nata por el suelo! Y hasta se véidan pollitos medio cuajaos, que espeían una hediondez quera pa taparse las narices... Mi buen tonto resollaba juerte y tupío, como si estuviera alorosando pura agua floría... Después agarró las gallinas y las jué esplumando vivitas, sin dejarles ni los cañones, y lo mesmito hizo con el pavo. Y luego, pu, ñor,—¡bienhaiga con el tonto bien recochino!—como un chancho en el barro se revolcó pa uno y otro lao en la poza e huevos poiríos, y cuando ya estaba como si le hubieran echao una capa e pintura por el cuerpo, se revolcó pa uno y otro lao tamién encima e los montones e plumas... ¡Era de ver a mi buen tonto, emplumao del cogote a los talones; con las plumas parás, parecía mesma-

mente que pavo questá haciendo la ruea!... Y cuando ya se vió vestío como un gallinazo, hizo la intentona pa salir del cuarto; pero la puerta estaba cerrá a machote. Como tenía hartaza juerza, no paró hasta que la echó abajo, arrancándola con bisagras y marcos y too. Se la puso al hombro y las raspó de trotecito pa alcanzar a sus hermanos.

Pancho y Francisco iban tranco a tranco, platicando la amistad y haciendo planes pal viaje, cuando sintieron un trotecito como e mula cuyana... Miraron patrás y... ¡güen dar con el susto paire que se llevaron, pu, ñor, cuando vieron aquel espantajo too cubierto e plumas!... Creyeron quera cosa del otro mundo y plantaos como estautas se quearon esperando. Pero luego lo conocieron, cuando el tonto levantó la cabeza, y casi se los llevó el diablo de rabia.

—¡Se arrancó del gallinero este tonto e porquería!—es que ¡ijieron los hermanos. ¡Escondámolos antes que los pille! Y se subieron a una patagua grandaza y bien regañchúa que estaba puallí cerquita.

El tonto llegó debajo e la patagua, miró parriba, vió a sus hermanos que ni resollaban siquiera, y empezó a subir, siempre con la puerta al hombro. Cuando llegó cerca dellos, le preguntaron: ¿Qué venih a hacer aquí?

—Vengo a roar tierras, les contestó.

—Si no te bajay al tiritito y te volví pa la casa, aquí mesmo te vamos a retorcer el cogote, le ¡ijieron los hermanos, muy enojaos. Pero el tonto les paró gallo y les replicó:

—¿No se habrán turbao?... ¡Es que yo no soy na pollo, pu!..

\*

Y se armó la pelotera pa echalo pabajo; pero el tonto se pegaba a las ramas como nigua y se agarraba con dientes y muelas. Taban forcejiando a más y mejor, cuando sintieron un tropel de gente que venía llegando a la mesma patagua: eran unos rotos harto mal encachaos, con unas caras e bandíos que daba mieo miralos. Cauno iba escargando lo que tréida: unos talegos bien requetepesaos, unos capachos e cuero, unas alforjas con toa clase de cocaví.

Eran unos lairones famosos que venían a contar la plata, las alhajas y las joyas diun robo grandazo que habían hecho. Abrieron los talegos y los capachos y empezaron a vacialos,

y al mismo tiempo a roar por el suelo moneas dioro y plata, anillos e brillantes y pieiras preciosas que relucían como el sol.

Venían los bandíos con un hambre que llegaban a treer las tripas pegás al espinazo, y luegoito sacaron de las alforjas, tortas, pollos fiambres, tomates, cebollas y unos ajises bien repicantes. Uno sacó un puñal más afilao que navaja e barba y se puso a picar la cebolla y los tomates pa hacer una ensalá; pero casi se los lleva el diablo e rabia cuando iban a aliñala y se encontraron con que no tenían vinagre...

Pero volvamos a los tres hermanos que estaban arriba e la patagua y no se atrevían ni a respirar pa que no los sintieran los bandíos. De repente, Pancho y Francisco oyeron que el tonto les icía: ¡Hermanos!.. ¡Ya me meo!..

—¡Aguanta no más, tonto el diablo!—le ijieron muy enojaos, con tanto mieo, que no les llegaba la camisa al cuerpo.

Al ratito, otra vez: —¡Hermanos!.. ¡Ya me meo!..

—¡Aguanta, hombre, por diosito, que los van a pillar y los descuartizan!

Al poco rato: ¡Hermanos: ya no aguanté más!.. ¡Me estoy miando!..

¡Bueno el sustazo, ñor, questaban pasando Pancho y Francisco con las cosas del tonto! Créidan que les había llegao su última hora...

Mientras tanto, los lairones taban rabiando porque no tenían vinagre paliñar la ensalá, cuando sintieron que quéida encima el azafate un chorríto del mesmo color de la chicha avinagrá.

—Este es vinagre que los manda el cielo, ijieron, y revolveron las cebollas, los tomates y el ají que tenían picao, y peliaban por comerse la ensalá, porque la encontraban más bien aliñá y más sabrosa que nunca.

—¡Bienhaiga con los rotos cochinos!—interrumpió ño José María.

—Y que no la cacharan, pu, ñor, dijo otro de los oyentes.

—Como iba iciendo, pu, ñor, luegoito los bandíos se pusieron a espresar, encima el azafate, las gallinas fiambres que tréidan. En eso estaban, cuando arriba e la patagua Pancho y Francisco oyeron que callandito el tonto les icía: ¡Hermanos!.. ¡Ya me hago!..

—¡Aguanta, tonto el diablo!—le contestaron muy enojaos y con harto más mieo que antes.

Al ratito, otra vez: ¡Hermanitos!.. ¡Que ya me hago!..

—¡Frunce, hombre, por diosito, que los van a pillar y los descuartzizan!...

Al poco rato: —¡Hermanitos: ya no pueo fruncir más: me estoy haciendo!...

—¡Ey ta! ¡Güen dar con el tonto cochino! Hizo la del buey tapanca, interrumpió ña Candelaria, sin poderse reprimir.

Todos los concurrentes soltaron la risa, incluso Andrés, que luego continuó: Como iba iciendo, agora sí que el susto de Pancho y Francisco jué el patagua e grande, ñor. . . Cuando los bandíos sintieron que quéida aquella cosa, creyeron que estaban lloviendo bruñuelos... Espantaos se pusieron a mirar parriba e la patagua y de repente sintieron encima e sus cabezas una bulla que parecía quel mundo se venía abajo, y luegui-chicho cayó, preisamente medio a medio e la ruela, una puerta quellos, con el susto, la vieron muy regrandaza.

Quéra lo que había pasao, pue, ñor: quel tonto les había dicho a Pancho y a Francisco:

—¡Hermanos: ya suelto la puerta!...

—¡Aguanta, tonto el diablo!—le contestaron, dando diente con diente de puro mieo.

Al ratito, les dijo otra vez: —¡Hermanos: que ya suelto la puerta!...

—¡Aguanta, hombre por diosito, que los van a pillar y los cortan el guargüero!

Al poco rato: —¡Hermanitos: ya no pueo aguantar más!... ¡La largué!...

\*

Y la puerta comenzó a refalarse por las ramas con un ruío de toos los diablos, hasta que cayó al medio e la rueda de los bandíos. Estos creyeron queran las puertas del cielo que se les venían encima pa castigalos de toas sus fachurías, y arrancaron espaórios patitas pa qué te quiero, que no ponían los talones en el suelo, y ejando abandonás toas las riquezas.

Al tiritito los tres hermanos se dejaron quer de la patagua. El tonto divisó que uno de los lairones—quera el capitán—se había queao escondío al aguaito de lo que poía sucer. Agarró el puñal que había queao en el azafate, se acercó al bandío—questaba que no le cabía un áuja—y le ijo:

—¡Saca la lengua!... Y diuna rebaná se la cortó como

si fuera queso fresco. Andate agora... Y le dió una feroz patá en el trasero. El lairón echó a correr a la esbandá, botando cuajarones e sangre y diciendo unas cosas que naide le entendía, porque con la lengua mocha no podía articular palabra. Cuando alcanzó a sus compinches y lo vieron en aquel estao, sin que le comprendieran lo más mínimo, toos las echaron a perderse y ni se acordaron de los tesoros que ejaron abandonaos.

Tonce los tres hermanos se jueron de hacha encima e la plata, el oro y las pieiras preciosas. Pancho y Francisco se llenaron los bolsillos y las carteras y—como el más leso carga larpa—al tonto le echaron encima un costal con too lo que sobraba. Así llegaron al rancho e la pobre vieja, questaba esconsolá llorando por la partía de sus hijos. Y cuando supo lo que les había pasao con los bandíos y que al tonto se debía toa aquella riqueza, la viejaña se acordaba de lo que entre boquiá y boquiá le había dicho su marío: —¡Consuélate, vieja, porque vay a tener un hijo que te va a sacar de toos los apuros!..

Y así mesmito no más había sío, pu, ñor. La maire no se cansaba de repetir:

—Tales son los esinios (designios) del Señor... ¡Bendita per sécula la Virgen María!... Quién se iba a imaginar queste pobre tonto emplumao que se lo pasaba calentándose a la orilla e la ceniza, iba a treme la fortuna pa que pase feliz los pocos días que me restan de vía... Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento por las mares aentro, terminó diciendo ño Andrés.

—Sacó trago, compaire. Tuvo bien rebonito el cuento dijo don Goyo, pasándole un vaso de ponche.

—Por ey no más la anduviste embarrando, le objetó la Antuca.

—¡Esta sí ques buena!... Continás que hice too lo posible pa que las cosas salieran a la isimulá...

—Bueno, pue, on Goyito. No sesté echando patrás; agora le toca a usté.

—Así icen las perdices,  
que cantan por divertise  
y comen por no morise;

no sesté haciendo el desentendío; esto va por toca, insistió ño José María.

—Ejémolo pa otra vez, mejor. Ya es muy tarde y los chiquillos sestán queando dormíos, arguyó ña Candelaria.

Y hasta aquí no más llegaron los cuentos de esa noche. Eran ya como las 11. A pesar del interés con que los muchachos escuchaban a los «cuentistas», podía más en ellos la modorra del sueño y casi todos estaban cabeceando. Las mujeres habían agotado la tetera y el tacho de agua caliente y los hombres los jarros de ponche. Llegaba el momento de despedirse.

—¡Buenas noches! ¡Hasta otro día, ña Cande! ¡Muchas gracias por el ratito!

Yo recojo mis papeles y como una sombra me escurro por entre los árboles del cerco, que proyectan figuras fantásticas a la luz de la luna.